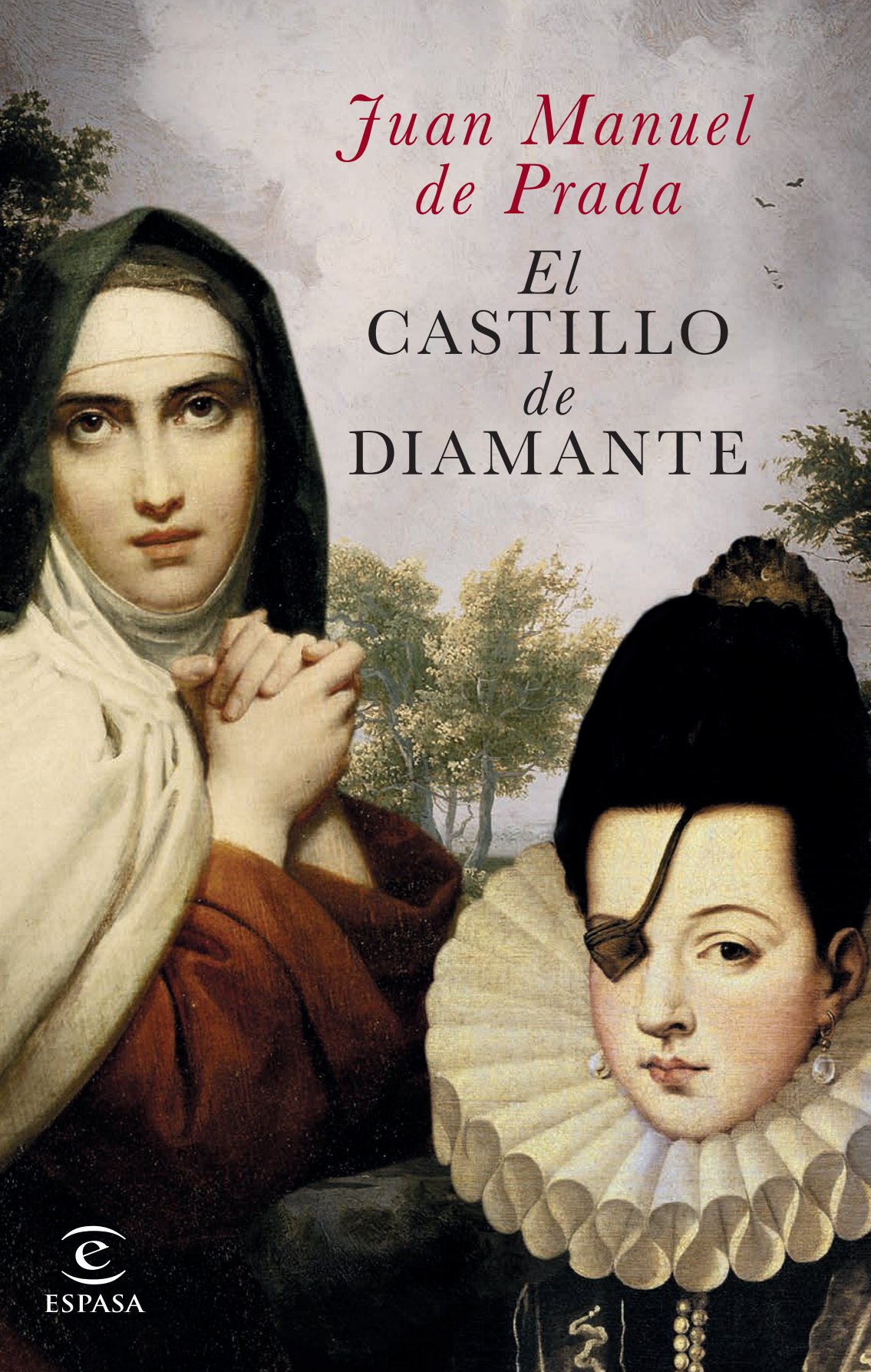




*Juan Manuel
de Prada*

El
CASTILLO
de
DIAMANTE

JUAN MANUEL DE PRADA

EL CASTILLO DE DIAMANTE



ESPASA © NARRATIVA

© Juan Manuel de Prada Blanco, 2015
© Espasa Libros S. L. U., 2015

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 15.267-2015
ISBN: 978-84-670-4554-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

I

Le habían denegado la lectura de libros en romance, le habían impedido la oración mental, hasta el don de lágrimas que tanto contento daba a su alma se lo habían prohibido; y todas estas imposiciones, que eran torturas acerbadas, las acataba Teresa, aunque fuese a regañadientes. Pues le bastaba cerrar los ojos para encontrar el recogimiento necesario y poder entregarse sin cortapisas ni regateos a Su Majestad, lejos del ambiente mundano que se había colado en el convento, ahogando su vocación; y, en recompensa, Su Majestad le permitía contemplar como si fuera en sueños (pero con nitidez y minucia) el convento que le había encomendado fundar, según los rigores de la primitiva regla del Carmelo. Teresa soñaba cada dependencia del convento; soñaba la disposición exacta de las celdas, la capilla y el refectorio, y hasta el huerto con sus ermitas; soñaba incluso las pinturas que debían colgarse en cada lugar; y, aunque no era arquitecta, soñaba al detalle la planta del convento, soñaba las distancias entre las paredes medianeras y la superficie de cada pieza y el lugar donde se hallaban las vigas, y el vano de puertas y ventanas, y la altura de los techos.

También soñaba Teresa el paraje donde debía erigirse el convento, al este de la ciudad de Ávila, en el barrio de San Roque, aprovechando una casa en ruinas que allí había, tan sucia y tan chica que más valía para palomar que para convento. Y soñaba que el Papa de Roma concedía licencia para fundar conforme a la vieja regla, burlando las reticencias del provincial carmelita, gracias a los desvelos de su leal amigo y consejero fray Pedro de Alcántara. Pero los confesores le aseguraban que aquellos sueños los inspiraba el diablo; y la amenazaban con negarle la abso-

lución si persistía en soñar quimeras. A Teresa no se le escapaba que, faltando la absolución, no podría comulgar a Dios, con lo que acabaría de secarse y fenecer, pues la comunión suplía con creces las prohibiciones que le habían impuesto y sanaba las mutilaciones de su alma. El dilema en que se hallaba empezó a acongojarla, pero una noche escuchó en sueños aquella voz secreta que sólo para ella hablaba, voz a la vez delicadísima y retumbante que a veces la reprendía y a veces la lisonjeaba, en un cuchicheo de enamorados: «Calla ahora —le dijo— como te manda el confesor, hasta que sea tiempo de tornar a ello». Y Teresa calló como le indicaba Su Majestad; pero desde entonces se traía en los labios una muy serena sonrisa que algunos creían socarronería.

Teresa sabía que la obediencia es voto de sujetar la propia voluntad a otro por mejor sujetarla a Dios. Pero también sabía que si Dios nos pide lo contrario que el confesor o el padre provincial, había que obedecer antes a Dios, pues asentir a lo que ordena un superior sin luces puede ser pecado y sacrilegio, por contrariar la voluntad divina. La obediencia no se inventó para que el que no sabe se entrometa a corregir al que sabe, ni para obligarlo a hacer cosas disparatadas que desacrediten a Dios; de modo que la obediencia hay que revestirla de caridad, para que sea virtud verdadera y no sumisión de bestias ciegas. Y así, con muchísima caridad, Teresa callaba obediente, tal como le mandaba el confesor, y se olvidaba de fundar un convento en la casa chica y sucia del barrio de San Roque; y, para que su obediencia fuese todavía más caritativa, aprovechando que su hermana Juana y su cuñado Juan del Ovalle habían venido a verla desde Alba de Tormes, les propuso que compraran esa misma casa que ella había pensado aderezar como convento, pues convenía que tuviesen dónde parar cuando viniesen a Ávila. Y por si aún quedase alguna duda de que no quería aquella casa para sí, Teresa permitió que diversos benefactores y amigos que estaban dispuestos a colaborar en la fundación del convento empeñasen todos sus ahorros y las rentas de sus tierras en ayudar a su hermana y a su cuñado a comprar y remozar la casa. Y como su hermana y su cuñado se daban muy poca maña en remozarla, Teresa les propuso, muy caritativa y obediente, que utilizaran los planos que ella

había soñado y trazado en un papel, y les aconsejó los albañiles que mejor harían avanzar las obras y el jornal que debían pagarles para tenerlos satisfechos y diligentes. Y, en fin, cada vez que la priora le encargaba que fuese a visitar a tal o cual señora para hacerle compañía o solicitar limosna, Teresa se acercaba muy caritativa y obediente hasta el barrio de San Roque y daba alientos e instrucciones a su hermana y a su cuñado, no porque ella tuviese interés alguno en la obra que allí estaban haciendo, sino por brindarles apoyo en circunstancia tan enojosa y extenuante como es remozar una casa, sobre todo cuando es chica y sucia y ruinosa, que hasta las paredes medianeras a veces se desmoronaban, en lo que se probaba que a los demonios interesaba mucho que la casa se cayese. Y cuando los dineros de los benefactores y amigos se agotaron y no se pudieron proseguir las obras, Teresa siguió callando por obediencia y caridad, pero en sueños vio que su hermano Lorenzo, que se había marchado a las Indias siendo mancebo, enviaba desde el Perú, a través de dos mercaderes, más de doscientos ducados, con lo que se pudieron al fin rematar las obras y la casa chica y sucia se despertó siendo palomarcito que, igual que acogía a su hermana y cuñado, podría acoger cualquier día un puñado de monjas, siempre que llegase la autorización papal.

Pero no siempre la obediencia envuelta en caridad resultaba tan grata. Para fingir que su propósito de fundar un convento había quedado olvidado y no levantar sospechas, Teresa debía mantener sus rutinas en la Encarnación como si tal cosa. Algunas eran rutinas gustosas, como la asistencia a los oficios divinos y a las oraciones del coro; pero hasta lo que hacía por gusto se le tornaba amargo cuando recordaba que había tenido que renunciar a su forma de oración predilecta, que era la oración mental, aprendida en la lectura del *Tercer abecedario espiritual* de fray Francisco de Osuna, oración de recogimiento y contemplación que los capellanes y confesores de la Encarnación desaconsejaban, por juzgarla inapropiada para mujeres de tan pocas letras como ella. Y así, por acatar el parecer de estos confesores y capellanes medioletrados que más servicio hubiesen hecho de sacristanes, Teresa se veía a pique de perder el trato íntimo que

tenía con Su Majestad. Por espantar el desasosiego, se consolaba atendiendo en el locutorio a una legión de devotos que allí acudían para entrevistarse con ella; pues ya se había extendido la fama de su santidad por la ciudad de Ávila y aun por los contornos. A veces, entre la caterva de deudos, devotos y curiosos que se disputaban el sitio con muchos cloqueos, como en gallinero atestado, aparecía también algún galán de monjas que Teresa enseguida distinguía, porque a estos bellacos monjiles la reja del locutorio ya les había dejado marcas en la frente, de tanto como se apretaban contra ella. Y si no los distinguía por las marcas, los distinguía por la voz, que la tenían pútrida y viscosa como el croar de un sapo, pues siempre andaban diciendo inmundicias y haciendo gárgaras.

El locutorio de la Encarnación era lo más parecido a un zoco, pues el monasterio estaba lleno de doncellas, hidalgas o plebeyas, que se habían metido monjas de ánimo revuelto y disciplina relajada, hartas de esperar a sus galanes, que se habían marchado en busca del oro de las Indias. Al reclamo de tan variado gineceo acudían muchos beatos de pega y catedráticos de tocas que metían entre las rejas los dedos, como los pollos enjaulados el pico, por ver si se llevaban el alpiste de una caricia, con la excusa de pedir a las monjas que los aconsejasen en su vida espiritual, como si no hubiese frailes deseosos de dar consejos. Teresa ya era cuarentona cumplida; y aunque no transigía con deshonestidades, sentíase halagada con las solicitudes de sus devotos, que le pedían embobados que les contara sus arrobos e intimidades con Dios; petición que Teresa sólo atendía a medias, pues no se habían hecho sus coloquios para orejas de necios. Aquellos visitantes arreciaban todavía más en Navidad y la priora había dado orden de atenderlos con solicitud, pues traían dádivas y aguinaldos, muy hermosas gallinas y conejos para el convento que venían de perlas en la Encarnación, donde eran muchas las bocas que alimentar, entre monjas preladas, monjas súbditas y doncellas de piso. Una tarde en que Teresa se hallaba en el locutorio, la priora se le acercó disimuladamente y le pidió que al terminar se pasara por el coro, antes del rezo de vísperas. Teresa se receló que quisiera abroncarla, pues no se le escapaba que ya todas las monjas sabían que la casa del barrio

de San Roque había sido acondicionada para convento y crecían las murmuraciones que auguraban su marcha.

—Afrenta nos hace, doña Teresa, queriendo irse de la Encarnación —le reprochó la priora, sin mediar saludo—. ¿Es que no podéis servir a Dios desde aquí, como hacen otras mejor que vos?

No era la priora mujer maliciosa ni revirada, sino tan sólo algo entrometida; y ya desde el semblante terso y orondo como el de un bodigo se le notaba la buena índole. Pero había tomado por desafección el empeño de Teresa por fundar.

—No quiero hacerlo por ponerme delante de nadie —se excusó Teresa, de veras compungida—, sino por amor a Quien me llama. Ojalá Su Majestad quisiera que le sirviese aquí. Mucho mejor sería para mi salud. Pero quiere darme mudanza y trabajos.

La priora suspiró y dirigió la mirada hacia una imagen de la Virgen de la Clemencia que se hallaba en el coro. Después se sentó pesarosamente en el sitial que le estaba reservado en los rezos, haciendo crujir las articulaciones como cuaderñas de un barco en la galerna. Teresa pensó que luego tendría que ayudar a levantarla, pues de lo contrario se quedaría encallada para siempre.

—Entenderéis, doña Teresa, que yo luche por mi convento y trate de impedir por todos los medios que os marchéis —se excusó—. De vuestra presencia aquí depende la limosna de muchos devotos.

—Y vos entenderéis, madre, que yo luche por marcharme, pues obedezco órdenes —susurró Teresa, cabizbaja.

No se atrevía a mirar a la priora, por temor a que la tomara por arrogante, o a que descubriera un brillo de resolución en su mirada que le resultara ofensivo. Así no pudo anticipar las palabras que su sonrisa un poco malévola prefiguraba:

—Hoy he recibido una carta de nuestro padre provincial, doña Teresa —dijo—. Desea que partáis tan pronto como sea posible para Toledo. Doña Luisa de la Cerda reclama vuestra presencia.

Teresa no se molestó en oponer resistencia ni objeción alguna, tampoco en contestar. Sólo pronunció una suave queja, todavía cabizbaja:

—A veces siento que mi alma es como una pelota que va de mano en mano, sin que su verdadero dueño pueda disfrutarla.

—Las señoras, bien lo sabéis, se permiten sus antojos —la consoló la priora sin demasiada terneza—. Qué hemos de hacerle, si dependemos de sus limosnas.

Teresa se sublevó:

—Pues tal vez deberíamos seguir el ejemplo de las aves del cielo y los lirios del campo, y no depender tanto de limosnas y antojos de señoras.

La priora le tendió un poco displicentemente la carta del provincial. Mientras Teresa la leía con aturullamiento y consternación, dijo:

—Al parecer, doña Luisa ha oído ponderar en extremo vuestras virtudes, éxtasis y arrobos y quiere teneros junto a sí una temporada, para que le aliviéis el dolor de la viudez.

Se trataba, en fin, de convertirse durante unas semanas o meses en prodigio de feria de una dama que ya habría hecho alguna donación jugosa a la Orden. Teresa dobló la carta y se la devolvió a la priora. Volvía a ella la abrumadora conciencia de estar obedeciendo no a un superior que intermediaba en la voluntad de Dios, sino a un mandón que la obligaba por el placer de causarle disgusto. Pero sabía que, de algún modo que ella aún no podía vislumbrar, Su Majestad no la abandonaría.

—¡Vaya con nuestro padre provincial! —ironizó—. Se resiste a darme licencia para fundar, pero me la concede para atender señoras desconsoladas. ¡Y ni siquiera me deja terminar de celebrar la Navidad de Nuestro Señor en compañía de mis hermanas!

La contrariaba sobremanera tener que abandonar el negocio que se traía entre manos, tal vez el más importante de su vida, por capricho de una ricachona ociosa. Y también la contrariaba que la priora considerase voluntad divina lo que no eran sino designios de hombres:

—Así dispone Dios las cosas, doña Teresa. Tal vez Él os envíe a Toledo para alejaros temporalmente de Ávila y apartaros de vuestros enredos...

—Tal vez, querida madre —dijo Teresa, en un tono más jubiloso que mohíno, sobreponiéndose a la adversidad. Y añadió con picardía—: Pero también puede que me mande donde vaya

a encontrar remedio para todas mis desventuras. ¿Y quién es esta doña Luisa de la Cerda, que no la conozco? Espero que se páis disculpar mi ignorancia...

La priora no terminaba de saber nunca si Teresa hablaba de bromas o de veras, tal era la liviandad con que trataba los asuntos graves y la gravedad con que envolvía los livianos. Y tampoco sabía si lo hacía por inteligencia o por bobería.

—Es dama muy poderosa y respetada, hermana del duque de Medinaceli. Su marido era don Antonio Arias Pardo de Saavedra...

—¿El mariscal de Castilla?

La priora asintió. Teresa ya había decidido que convertiría aquella visita forzosa a Toledo en cuestación de limosnas y voluntades para su causa. Aunque anhelaba la pobreza, no desdeñaba el trato con poderosos, ni vacilaba en granjearse sus simpatías, a imitación de Su Majestad, que vivió como un pobre entre pobres pero se aseguró la amistad de José de Arimatea, para poder ser enterrado dignamente, aunque sólo fuera por tres días.

—Y señor de muchos títulos y una notable fortuna —proseguía la priora—. Además de sobrino del primado de España, el cardenal Tavera. Pese a su noble cuna, el infortunio ha acompañado a doña Luisa desde la niñez... Se quedó pronto huérfana de padre y de madre. —Y, tras una pausa, añadió en un murmullo compungido—: Y cuentan que algún felón le arrebató su tesoro más preciado...

Teresa, abstraída, parecía no escucharla, o no querer entenderla:

—Nuestro más preciado tesoro está en el cielo. Todos los tesoros de esta tierra son fruslerías y nonadas —dijo.

La priora no quiso disputar este punto, tal vez por evitar adentrarse en escabrosidades:

—Y si muy ilustre era su marido, no se queda a la zaga la viuda. Es prima de la princesa de Melito, doña Catalina de Silva, madre de doña Ana de Mendoza, la esposa del consejero del Rey y príncipe de Éboli, don Ruy Gómez.

Teresa empezaba a ahogarse entre tanta doña florida, cada cual con su enredadera de títulos y distinciones a modo de perifollo. Abrevió:

—¿Y cuándo debo partir?

—Mañana mismo llegará el carruaje de doña Luisa con sus postillones que os habrá de llevar hasta Toledo —respondió con prontitud la priora, que alargó una mano para que Teresa la ayudara a levantarse.

—¡Y para qué quiero yo postillones y carruaje regalado! —protestó Teresa—. Mejor fuérame en el carro de un arriero.

La priora estaba más torpona de lo que se había imaginado, con las piernas invadidas de varices y reuma, que son musgos de la vida sedentaria, y el hábito le pesaba como si fuera gualdrapa de percherón. Murmuró, un poco fastidiosa:

—Todo se andará, doña Teresa. Quizá algún día tengáis que conformaros con consolar a las viudas de los arrieros.

—Creedme, madre, que lo haré con mucho gusto.

Y, desde luego, no se iba a dejar invadir por esos musgos de la vida sedentaria que nos van dejando inútiles y pesados como fardos. Antes de abandonar el coro, Teresa se volvió hacia la imagen de la Virgen de la Clemencia, primero con un leve puchero, después con una sonrisa mohína, acatando humildemente la encomienda que le habían asignado, con el propósito de dificultar sus ímpetus fundadores. Pero el hombre propone y Dios dispone; y de vuelta a su celda, Teresa acabó de comprender que bajo la apariencia de castigo se le brindaba una oportunidad para madurar su decisión y tal vez para burlar las asechanzas de quienes deseaban disuadirla, así como la ocasión para apartarse de una vida que estaba ahogando su vocación. En un capacho fue juntando las escasas pertenencias que juzgó indispensables para una ausencia que, según sospechaba, no sería demasiado corta: su libro de rezos, que ya era el único que poseía, desde que tuvo que entregar al fuego sus lecturas piadosas; una imagen portátil de san José que le infundía paciencia en la contrariedad; unas disciplinas para penitenciarse cada vez que la vida muelle en el palacio de doña Luisa le hiciese olvidar los sufrimientos del Gólgota; un reloj de arena para medir las horas canónicas; y también una caja en la que guardaba las piezas del juego del ajedrez, talladas en madera de nogal, que don Alonso, su padre, le había enseñado a mover sobre el tablero. El ajedrez había sido durante años hospedería acogedora en la que

los temperamentos de sus padres, tan diversos, se reconciliaban: don Alonso era austero y pesaroso, muy temeroso de Dios, con un sentido exagerado de la honra más propio de un hidalgo que de un cristiano nuevo; su madre, doña Beatriz, era por el contrario alegre, dispendiosa de risas y de afectos y lectora denodada de novelas de caballerías en los ratos que le dejaba libre el cuidado de su prole, que era numerosa y siempre renovada, porque no se había recuperado de un parto y ya estaba otra vez preñada, en una sucesión agotadora que acabaría empujándola a la tumba. Don Alonso jamás se supo perdonar del todo aquella muerte que lo condenaba por segunda vez a la viudez, creyendo tal vez que la había causado su incontinencia en exigir el débito conyugal; y así fue hundiéndose en la melancolía y descuidando el escrúpulo que antaño tenía para los negocios, hasta que se llenó de deudas y embargos y sus hijos varones hubieron de embarcar para las Indias, en busca de fortuna o huyendo de los acreedores. Cuando Teresa comunicó su intención de hacerse carmelita e ingresar en el convento de la Encarnación, don Alonso no le concedió crédito, pues apenas unos pocos años antes había tenido que llevarla a rastras a las agustinas como pupila, para que no se desmandara ni inclinara hacia entretenimientos deshonestos; y estando, además, enferma y delicada, le parecía despropósito que fuera a encerrarse entre muros rezumantes de humedad y agrietados por los carámbanos. Pero enferma y delicada la quería Dios, para sanarla y fortalecerla con sus requiebros, que son medicina infalible para el alma; y aunque el viejo don Alonso porfió mucho para que no profesase, Teresa lo desobedeció sin un titubeo, porque obedecerlo hubiese sido cometer sacrilegio. Le bastaba, sin embargo, acariciar aquellas piezas de ajedrez con las que tantas veces había jugado con su padre para que un secreto dolor la remordiese por dentro, ahora que ya estaba muerto y enterrado.

Cuando partió para Toledo a la mañana siguiente, en el carruaje con postillones que le había enviado doña Luisa de la Cerda, salieron a despedirla a la puerta del convento la priora y varias monjas plañideras en comitiva, como si la enviasen a tierra de infieles. Nevaba sobre Ávila, que se abrigaba como podía, envuelta en el Adaja y muy estrechamente ceñida por su muralla

torreada y bermeja. La soledad de los pedregosos collados que señalaban las estribaciones del puerto del Boquerón, azotado por la cellisca, agrandó su tristeza. Nada habría querido con mayor ahínco en aquel trance que poder cantar villancicos con sus hermanas y repicar panderetas, para celebrar al Niño del pesebre; pero se consoló pensando que, al andar al retortero por los caminos, también celebraba al Niño del pesebre, y acaso más solemnemente, pues antes de venir al mundo entre un buey y una mula, también Él tuvo que andar al retortero, por culpa del edicto del Emperador que obligó a sus padres a mudarse. Y como, al fin, la vida es mudanza y tránsito por este valle de lágrimas, Teresa pensó que no estaba sino acercándose a su destino y por lo tanto anticipándolo, que era lo más gozoso que podía hacer quien, como ella, estaba tan engolfada de Dios.

Pasado el puerto del Boquerón, los postillones se detuvieron a sestar y Teresa pudo rezar cumplidamente y a sus anchas. Al internarse entre unas zarzas para hacerlo más recogidamente, se rasguñó una mano y le cayeron tres goticas de sangre muy púrpura que se fueron desliendo en el blancor de la nieve, hasta hacerse primero como el arrebol de las mejillas y luego desvanecerse ante sus ojos. Teresa contempló esta metamorfosis ensimismada, acordándose de los desmayos que la hacían palidecer y del grandísimo mal de corazón que padeció al poco de meterse monja. Aquella enfermedad suya no habían sabido curársela ni médicos ni curanderas, y bien que la hicieron dar vueltas como aguja de marear, hasta acabarle casi la vida y dejarla sin fuerzas, a costa de purgas y sangrías. Entre tormentos tan recios había aprendido entonces Teresa a desconfiar de médicos sabihondos, como luego aprendería también a desconfiar de confesores medioletrados, que son los mayores fingidores y la plaga más perniciosa del mundo, porque hacen creer a los enfermos del cuerpo (como los otros a los enfermos del alma) que lo que aprendieron en los libros lo aprendieron en la vida; y, dando tratamiento de libro a quien todavía está vivo, terminan por matarlo. A Teresa, después de muchas curas librescas, le vino un paroxismo que la dejó como muerta durante tres días, tras los cuales se decidieron por fin a amortajarla y a sellar sus párpados con cera, y hubo gran duelo en su casa, y se rezó el oficio de

difuntos, mientras se aprestaba la fosa en el cementerio. Pero Teresa despertó como por milagro al cuarto día, con la lengua desatinada y hecha pedazos y todos los miembros paralizados, salvo un dedo de la mano derecha, que se movía y culebreaba como un gusano; y volvió a la vida con una palidez fría, como quien padece cuartanas, y los huesos le tableteaban como la matraca que sirve para anunciar los maitines. Tres años le duró aquella parálisis, hasta que un día pudo empezar a caminar a gatas, que fue como volver a nacer en todos los sentidos, pero sobre todo en el sentido que Su Majestad empleó con Nicodemo; y, mientras aprendía otra vez a andar, Teresa decidió que, si su primera vocación religiosa había sido de monja reposada y contemplativa, su vocación renacida sería también de caballera andante de Su Majestad.

Absorta en el Señor de sus pensamientos se le pasaban las horas como si fueran suspiros. Después del descanso en San Bartolomé de Pinares, tomaron el camino de la Tablada, al principio erizado de peñascales que lo hacían muy penoso, luego llano y descansado, pero muy resbaladizo por causa de las nieves y los hielos. Hicieron noche en una posada de El Tiemblo; y hasta su cuarto, barajadas con las palabras devotas de sus plegarias, llegaban las palabras destempladas de tahúres y cantoneiras, que convirtieron la posada en paradero del vicio y caja de los truenos, sobre todo cuando algún barbero de faltriqueras, por escasa pericia, provocó una trifulca en la que se desenvainaron espadas y se lanzaron juramentos. Teresa había transigido con las palabras gruesas; pero cuando empezó a oír juramentos no lo pudo sufrir más; y se levantó del lecho dispuesta a prender fuego a la posada, como hizo Amadís con el castillo de Arcaus el Encantador, sin importarle enfrentarse con los endriagos y gigantes que lo habitaban. Salió de su cuarto, armada con su imagen de san José a guisa de escudo; y, echándose el velo sobre el rostro como si fuese celada, increpó muy donosamente a los huéspedes, que debían de ser espantadizos y cobardones, porque al ver aquella fantasma disolvieron el gatuperio y empezaron a dar diente con diente. Hasta hubo alguno que, admirado del ardimiento de Teresa, o temiendo que viniese para llevarse al infierno, se puso de rodillas implorando perdón por

sus faltas, mientras los otros salían de la posada dando gritos despavoridos.

Así quedó la posada despejada de malandrines; y pudo Teresa terminar sus divinos coloquios sosegadamente y dormir a pierna suelta, para poder arrostrar la siguiente jornada, que los llevó hasta Torrijos, para después pasar, entre montes de encinas y pinares, por Cadalso de los Vidrios y San Martín de Valdeiglesias y pararse a descansar, una legua más allá, junto a un puente que atravesaba el río Alberche. Había allí fresco y verde prado y el agua formaba remanso, antes de despeñarse en un meandro; y la luz declinante de la tarde reverberaba y chispeaba sobre la superficie del agua, que todavía llevaba algunas hojas viejas del otoño que se dejaban arrastrar por la corriente, como el alma de Teresa se dejaba arrastrar por la voluntad de Dios, que era su gracia manantial. Teresa se recostó al pie de una alta haya, dejando que la arrullasen el rumor del agua y las querellas de los pájaros. Y, al mirar la corriente cristalina del Alberche, reparó en una hojuela que buscaba el arrimo de la orilla y se había quedado enganchada entre unas malezas, resistiéndose a que el río se la llevara, como a veces ella misma se resistía a los trasiegos que Su Majestad le imponía. Y era tan vano y desvalido el esfuerzo de la hojuela por vencer la corriente del río como los esfuerzos de Teresa por imponerse a una voluntad mucho más poderosa que la suya. Alzó la mirada al cielo preñado de nieves, refulgente de tan blanco:

—¿Por qué mandáis, Señor, cosas que no puedo hacer? —se lamentó, o tal vez sólo fuesen melindres de enamorada—. ¿No me dejaréis nunca tranquila? Ahora que había juntado los ducados que precisaba para honraros como merecéis en el palomarcito del barrio de San Roque, ahora que parece que hasta el Papa quiere concederme permiso para fundar, dejáis que me lleven y me traigan a palacios de señoras que sólo os conocen por pintura. ¿Y si no me dejaran tiempo para quererlos? ¿Es que no os importa verme cansada y marchita? ¿Acaso mis conversaciones con esos caballeros galantes del locutorio os han puesto celoso?

Estos amorosos denuestos decía cuando la corriente por fin se llevó la hojuela que trataba de resistirse. Al asomar la cabeza al río para comprobar si se hundía en los remolinos del mean-

dro, Teresa se vio reflejada sin quererlo en el agua. Y lo que vio no la disgustó del todo, porque sus rasgos eran equilibrados, todavía bendecidos por una brisa juvenil, aunque ya fuese cuarentona cumplida; y su nariz era recogida y serena, y sus labios firmes y apretados, y sus cejas persuasivas y bien delineadas, y sus ojos habladores y risueños, tanto que a veces tenía que exagerar la gravedad de su gesto, por no parecer descocada. Teresa pensó que todavía podía enamorar a quien la mirase.

—Vos sois hermoso sin tasa, Señor —musitó, antes de echarse el velo sobre el rostro—. Pero vuestra novia tampoco es fea del todo.

Y se levantó, apoyándose en el tronco de la alta haya en la que se había recostado. Los postillones y el cochero habían encendido lumbre y masticaban unos tasajos de carne, para desanquilosar las mandíbulas. Teresa batió palmas reciamente, hasta atraer su atención:

—Dejen ya de tragar y recen conmigo, que hay muchos luteranos que salvar —les dijo.

Y soltó una risa ancha, escuchando los requiebros que su Amado le susurraba al oído, entre el murmullo de las aguas.